

9(41)

LOS CUATRO ESTUARDOS.

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

DA 783

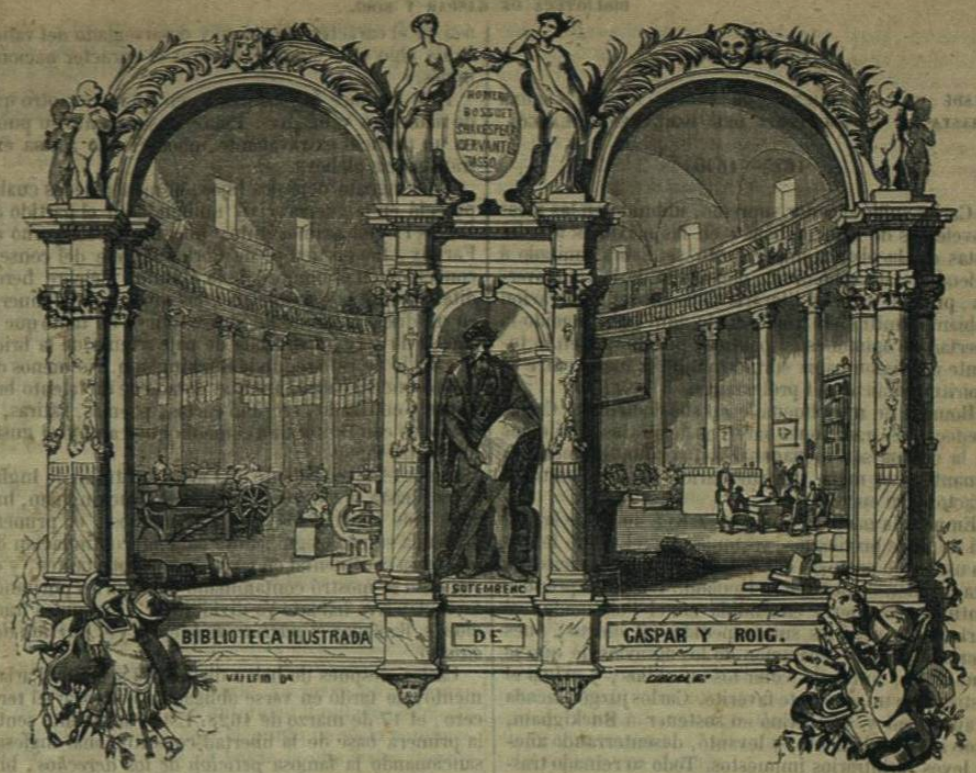
c 5
Ch 3



FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES



LOS CUATRO ESTUARDOS.

JACOBO I.

1603. — 1625.

Es indudable que en 1603 nacieron en la Gran-Bretaña, al advenimiento de Jacobo I, muchos individuos que fallecieron en 1688, á la caída de Jacobo II; así es que todo el reinado de los Estuardos en Inglaterra no fue mas largo que la vida de un hombre de edad avanzada, habiendo bastado ochenta y cinco años para la completa desaparición de los cuatro monarcas que subieron al trono de Isabel, con la fatalidad, las preocupaciones y las desgracias que pesaron sobre su raza.

Jacobo, á imitación de muchos príncipes devotos, fue manejado por favoritos; pero mientras defendía con la pluma el derecho divino, abandonaba el cetro á Buckingham, que abusaba del derecho político; este valido ostentaba los vicios del poder real, con cuyas virtudes se adornaba el monarca. Es harto comun que los príncipes deleguen el poder á un ministro cuyá indignidad conocen, y que, intentando imitar á Dios, cuya imagen se llaman, tengan el orgullo de crear algo de la nada.

Jacobo espiró sin violencia en el lecho de su mujer que habia dado muerte á María de Escocia, á esa no-

ble Maria, que segun una tradicion, hizo á su verdugo gentil-hombre ó caballero; á esa hermosa viuda de Francisco de Francia, que deseaba ver su cabeza cortada con una espada á la francesa, segun refiere Estéban Pasquier. El verdugo mostró la cabeza separada del cuerpo, dice Pedro de l'Estoile; y cayendo en aquel momento al suelo el prendido, se echó de ver que las pesadumbres habian dejado calva á esta pobre reina de cuarenta y cinco años, despues de una prision de diez y ocho. Pero Jacobo no dejó de trabajar por establecer los principios que debian producir el trágico fin de Carlos I, y murió temblando siempre entre la espada que le habia amenazado en el vientre de su madre, y la cuchilla que debia caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado no fue otra cosa que el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall: espacio oscuro en que desaparecieron Bacon y Shakespeare.

Jacobo fue un autor que no careció de mérito. Su *Basilicon Doron*, que sirvió de modelo al *Eikon Basilike*, encerraba esta leccion, tan inútil para su hijo Carlos: «Aleja de tí los hombres que tienen un interés en ocultarte las necesidades de tus súbditos, para mantenerte en la dependencia, y que presentando siempre al soberano las quejas públicas como actos sediciosos, dan á las lágrimas de los pueblos los nombres de desobediencia y rebelion.»

CARLOS I.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE CARLOS I A LA CORONA
HASTA LA CONVOCATORIA DEL PARLAMENTO LARGO.

1625—1640.

Carlos subió al poder supremo, imbuido en las ideas novelescas de Buckingham y en las máximas absolutistas de Jacobo I; empero este se había limitado a defender el derecho divino por medio de la controversia, pues su vanidad literaria y su natural moderación habían permitido la réplica; de aquí había nacido la libertad de opiniones en política, puesto que en lo tocante a religión había surgido ya de la lucha entre el espíritu católico y el protestante.

Hombre de muy buena fe en sus doctrinas, Carlos obedecía las tradiciones paternas de que los privilegios de la corona son inalienables, y que el monarca reinante, su mero usufructuario, debe transmitirlos intactos a su sucesor.

Empero la nación, que empezaba a dudar de la latitud de estos privilegios, sostenía que el trono le había usurpado parte de ellos. Los primeros indicios de esta división se dejaron ver cuando Carlos se propuso continuar la guerra encendida en el Palatinado: el Parlamento negó las sumas pedidas al efecto, pues quería obtener la reparación de los agravios de que se lamentaba, antes de votar los subsidios, y exigía el destierro de un insolente favorito. Carlos juzgó atacada su autoridad y se obstinó en sostener a Buckingham, disolvió el Parlamento, y levantó, desenterrando añejas leyes, arbitrarios impuestos. Todo su reinado transcurrió en este mismo espíritu.

Grandes fueron sus esfuerzos para gobernar sin el concurso del Parlamento; pero la saludable necesidad de la monarquía representativa, necesidad que impone al príncipe un ejercicio templado del poder, para conseguir la recaudación tranquila de las contribuciones, atraía forzosamente la corona al principio constitucional. Cuanto más a su capricho había obrado el rey, tantas más garantías se le reclamaban; así es que cedía ó se estralimitaba de nuevo, pero sus concesiones y sus demasías daban siempre por resultado el reconocimiento de algunos derechos.

En medio de este conflicto se formaron eminentes talentos, se trazaron los límites de diferentes poderes, se desenmarañó el caos político, vislumbráronse muchas verdades a través de muchas pasiones, y cuando estas se disiparon, subsistieron aquellas.

Buckingham, el valido de Jacobo, que turbó los primeros años del reinado de Carlos I, es más notable en la historia pasada de lo que será en la futura, porque no se enlaza con ningún gran movimiento del espíritu humano, ni con ningún gran vicio ó virtud, en la cadena moral de los hechos.

Era Buckingham hombre pródigo, disoluto, de hermosura sin expresión, de orgullo desmedido y de limitado y caprichoso espíritu; uno de esos hombres en quienes predomina la materia, y cuyo espíritu subyugan la carne y la sangre. Este favorito se conceptuaba un general, no siendo sino un soldado. Fanfarrón de galantería en la corte de España, insolente en sus pretensiones de amor en la de Francia, y acaso en la de Inglaterra, suponía triunfos que no había alcanzado.

No obstante, es digno de atención que Buckingham desafiase impunemente a Richelieu, y que aquellos terribles parlamentarios que algún tiempo después hicieron subir al cadalso a Strafford, hombre eminente, sufriesen, aunque acusándole, las insolencias de un cortesano vulgar. Consiste esto en que los hombres perdonan más fácilmente al poder que al genio; y queda por averiguar si Richelieu despreció a un aventurero,

ó si en el carácter imperioso y desarreglado del valido había algo que simpatizaba con el carácter nacional inglés.

Este hombre fue asesinado en 1628 por otro que de nadie era vengador: Felton ensangrentó su puñal en un patricio extravagante, obedeciendo a una extravagancia plebeya.

Buckingham dejó dos hijos, el menor de los cuales pereció en la guerra civil militando en el partido de Carlos I; y el primogénito, que llegó a ser yerno de Farfax, fue en tiempo de Carlos II jefe del consejo conocido con el nombre de la *Cábala*. Célebre hereditariamente por su afición a las mujeres, dió muerte en un duelo al conde de Shrewsbury, en tanto que la esposa de este, disfrazada de paje, tenía de la brida el caballo de este segundo Buckingham. No menos disoluto que su padre, aunque dotado de un talento brillante y cultivado, escribió cartas, poemas, sátiras, y compuso con Butler una comedia que cambió el gusto del teatro inglés.

Desde el advenimiento de Carlos I al trono de Inglaterra, hasta la muerte del duque de Buckingham, habían sido convocados tres parlamentos: el primero votó una suma insignificante para la continuación de la guerra continental en favor de los protestantes, y el segundo se mostró contaminado del espíritu puritano. La Inglaterra habíase ya dividido en dos grandes fracciones, llamadas el *partido de la corte* y el *partido del campo*.

Carlos, después de haber disuelto el segundo Parlamento, no tardó en verse obligado a convocar el tercero, el 17 de marzo de 1628. Este Parlamento sentó la primera base de la libertad constitucional inglesa, sancionando la famosa *petición de los derechos*, bill encaminado a precisar las atribuciones de la corona, en virtud de los principios consignados en la gran Carta. Los Comunes se enorgullecieron hasta el extremo con esta victoria, y después de varias escenas de violencia en que algunos diputados llegaron a vías de hecho, el rey se vió precisado a prescindir de su concurso.

Asesinado Buckingham y disuelto el tercer Parlamento, transcurrieron doce años sin convocar otro. El consejo de Carlos se componía a la sazón de ministros que presentaban un extraño contraste de mérito y de ineptitud.

El guarda-sellos sir Tomás Coventry, reunía a una vasta erudición una elocuencia sencilla y la ciencia de los negocios; pero su carácter íntegro carecía de ese calor que crea amigos y de esas pasiones que forman discípulos. Viéndose, pues, poco apoyado en la corte, vió cundir el mal sin dar noticia de sus progresos a su señor; y, según dice Clarendon, «tuvo la fortuna de morir en un tiempo en que todo hombre honrado hubiera deseado abandonar la vida.»

Sir Ricardo Weston, primer lord de la Tesorería, había mostrado en una clase humilde un talento y un valor que le abandonaron en el pináculo del poder: altanero y cobarde, y tan propenso al insulto como a temblar delante del insultado, no legó a su familia otra cosa que la indigencia y el infortunio.

El conde de Pembroke se distinguía por sus virtudes, por su genio y por cierta gracia particular, y solo se le acriminó su pasión por las mujeres; pasión a que sacrificó un tiempo que hubiera debido consagrar al alivio de las calamidades de su país.

Una gallarda presencia y su destreza en la caza habían asegurado en la corte la posición del conde de Montgomery, hombre que hubiera pasado desapercibido en tiempos normales. La medianía de este ministro fue objeto de severos cargos contra Carlos, porque en las revoluciones se considera un crimen en los reyes el no rodearse de hombres capaces de elevarse a la altura de las circunstancias.

El conde de Dorset debía a la naturaleza un talento

ameno y una profunda sabiduría; dotes que le granjearon un brillo igual en la cámara de los Comunes y en la hereditaria; pero por desgracia su impetuoso carácter le arrastró a los excesos. Aunque valiente y entusiasta, prodigó su tiempo a galanteos sin honor, y su sangre a combates sin gloria.

La privanza no sirvió al conde de Carlisle sino de medio de gozar de los placeres; y si bien tenía un talento natural para la dirección de los negocios, nunca hizo uso de él. Murió en la indolencia, sin haber sido herido por la tormenta que oyó bramar a lo lejos.

Adulador de Carlos en la prosperidad, lord Holland le abandonó en el infortunio: bajeza vulgar común a las almas mezquinas; este hombre llegó a ser uno de los bota-fuegos del Parlamento, pues cuando las facciones empiezan, escogen al acaso sus caudillos, y arrojan luego al abismo los monos que habían tomado por hombres.

Por último, el arzobispo de Cantorbery cierra la lista de los consejeros de Carlos, en los tiempos anteriores a los disturbios. Este prelado desplegó en la corte una inflexibilidad de carácter que le hizo incapaz de amoldarse a las circunstancias; por lo que, aborrecido de los grandes, cuyas intrigas y costumbres despreciaba, no tuvo otros medios de sostenerse que la autoridad de una vida santa y la fama de una integridad llevada hasta la rudeza. Y del mismo modo que se había negado a doblegarse ante los magnates, se opuso a los excesos del pueblo, pasando de la persecución de las intrigas a la proscripción de las revoluciones.

Apoyado en este ministerio, Carlos reinó por espacio de doce años con una autoridad ilimitada; es cierto que no abusó de ella bajo el punto de vista administrativo, pero buscaba en teoría lo que había llegado a ser imposible en práctica, es decir, una monarquía absoluta. Muy fácil es el tránsito del gobierno absoluto al gobierno arbitrario, pues el absolutismo es la tiranía de la ley, y la arbitrariedad la tiranía del hombre.

Si la Inglaterra hubiera querido sufrir un impuesto, entonces módico, hubiera vivido bajo un despotismo tolerable, pues Carlos tenía virtudes domésticas, denudedo, moderación y probidad; pero se analizaban todos sus actos con la ley en la mano, y se hallaba que podían ser buenos, mas no legales; así es que una sola resistencia daba por resultado el empleo de la fuerza y un escándalo. A falta del poder parlamentario, los consejeros del monarca suscitaron el poder de la cámara Estrellada, fatal auxiliar de la corona.

La sentencia expedida en 1636 contra Hampden por no haber querido someterse al impuesto del *Sihymony* agitó más hondamente los ánimos; y mientras esto ocurría, una conmoción religiosa trastornaba la Escocia. Merced a ese misterioso concurso de circunstancias que produce la renovación de los imperios, el pueblo de Escocia y el de Inglaterra se inclinaban al puritanismo en el momento mismo en que los obispos querían hacer triunfar la Iglesia anglicana, y pretendían introducir una parte de la pompa católica.

La nueva liturgia fue rechazada en 1637 en Edimburgo, y la multitud gritaba: ¡El papa! ¡el papa! ¡el anticristo! El reino se sublevó y el *covenant* quedó firmado.

Y no obstante, de este acto fanático, místico é ininteligible, que expresaba en una gerigonza bárbara las ideas más mezquinas, brotaron la libertad, la tolerancia y la civilización constitucional de Inglaterra. No de otro modo salió de los horribles comites de 1793 el pacto de la nueva monarquía francesa. Toda perturbación política se funda en una verdad que le sobrevive. Por lo regular, esta verdad está confusamente envuelta entre palabras salvajes y hechos atroces; pero en los grandes cambios de los Estados, las palabras y las acciones pasan, en tanto que el hecho político y moral que resulta de una revolución es toda la revolución. Cuando esta aborta es porque ha sido inten-

tada demasiado pronto ó demasiado tarde, es decir, mas acá ó mas allá de la época en que hubiera hallado los hombres y las cosas en el grado de madurez adecuado a su fructificación.

Una asamblea general de la nación escocesa sucedió a las primeras conmociones de Edimburgo. El episcopado fue abolido en 1638, y empezaron los reclutamientos para sostener las opiniones con soldados.

Sir Tomás Wentworth, miembro del tercer parlamento, había provocado eficazmente en él la famosa *petición de los derechos*; pero, una vez establecido el fundamento de la independencia constitucional, Wentworth se declaró el sosten de la prerogativa real atacada, así como había sido el defensor de las libertades populares escarnecidas. Carlos lo había nombrado par de Inglaterra y virey de Irlanda. Este monarca, en las difíciles circunstancias políticas en que se vió envuelto, consultó al nuevo lord Wentworth, quien dió a su soberano consejos enérgicos. Mas ¿de qué sirve recomendar la fuerza a la debilidad?

Aunque en toda revolución hay siempre algunos momentos en que nada parece más fácil que detenerla, es tal la condición humana y tan extraña la combinación de las cosas, que nunca se aprovechan esos propicios momentos. En vez de resistirse, el mismo Carlos hizo un *covenant*, como Enrique III había formado una liga. Los *covenantarios* escoceses calificaron de *satánico* el *covenant* del rey; y esto, después de algunas inútiles concesiones, reunió tropas; lord Wentworth le suministró recursos pecuniarios, y podía poner a sus órdenes un segundo ejército; así, cuando solo se trataba de avanzar, Carlos retrocedió, y concluyó una tregua el 17 de julio de 1639, cuando contaba segura una victoria.

Los escoceses no tardaron en empuñar de nuevo las armas; lord Wentworth, creado conde de Strafford quería llevar la guerra al corazón del país rebelde, y que se reuniese un parlamento inglés; pero Carlos solo siguió la mitad de este consejo.

Hubiera podido creerse que este cuarto parlamento, reunido después de un interregno de doce años, estaría en justas quejas; sin embargo, lord Strafford lo dirigió con tanta habilidad, que los Comunes se mostraron al principio bastante dóciles. Estaban fraccionados en tres partidos: los amigos del rey, los partidarios de la monarquía constitucional, y los puritanos, quienes aspiraban a un cambio radical en las leyes y en la religión del Estado; estos tres partidos estuvieron no obstante a punto de reunirse para votar los subsidios; pero la traición del secretario de Estado, sir Enrique Vane, favorito de la reina, lo desconcertó todo.

El rey y el parlamento, igualmente engañados por este ministro, se creyeron involucrados cuando se entendían; y Carlos, que con su habitual precipitación imaginó que iban a serle negados los subsidios, hizo por última vez uso de una prerogativa de que tanto había abusado, disolviendo el 5 de mayo de 1640 este cuarto parlamento, que debía ser seguido de la asamblea que a su vez dió en tierra con la corona.

Los escoceses, que cediendo a las instigaciones de los puritanos, habían invadido de nuevo la Inglaterra, sorprendieron las tropas del rey en Newborn. Habiendo llegado Carlos a York, con objeto de rechazar a los escoceses, reunió un gran consejo de Pares, y le declaró que la reina deseaba la reunión del quinto parlamento.

Detengámonos aquí para hablar de esta reina, cuya influencia fue tan grande en el destino de su esposo Carlos I, y en el de su hijo Jacobo II.

La fugitiva María Enriqueta halló á la entrada de un bosque una cabaña desierta, en la que se mantuvo oculta durante dos dias, y desde donde oia desfilas las tropas del conde de Essex, que hablaban de llevar á Londres la cabeza de la reina, que habia sido puesta al precio de seis mil libras esterlinas.

Habiendo llegado Enriqueta á Plymouth á través de mil peligros, se embarcó para la isla de Jersey, perseguida por el almirante Batty. Entonces, á imitación de la esposa de San Luis, hizo prometer á un capitán que le daría muerte y la arrojaría al mar antes de permitir cayese en poder de aquellos infieles de nueva especie. Aboardó con algunos marineros á unas rocas de la costa de la Baja-Bretaña, y los habitantes, que tomaron á los extranjeros por unos piratas, se armaron contra ellos; pero Enriqueta María se dió á conocer, y marchando á París, se trasladó al Louvre, donde se vió envuelta en nuevas desventuras.

Ultrajada por los libelos hasta en el continente, pasaba de las manos del feroz populacho de Londres á las del insolente de París. Combatida por dos guerras civiles, hallaba en las orillas del Támesis los crímenes formales de las revoluciones, y en las márgenes del Sena tropezaba con los sanguinarios pasquines de la Gironda; representábase en aquellas el drama de la libertad; y en estas su parodia. Los carniceros y los panaderos ingleses querían matar á Enriqueta María en el palacio de los Estuardos; los carniceros y los panaderos franceses le negaban todo alimento en el palacio de los Borbones, olvidando que sus padres habian sido alimentados por aquel cuya hija se negaban á socorrer.

«Cinco ó seis dias antes que el monarca saliese de París, dice el cardenal de Retz, me trasladé á casa de la reina de Inglaterra, á quien encontré en la cámara de su hija, que fue mas tarde Mad. de Orleans, y me dijo al verme: «Ya lo veis: he venido á acompañar á Enriqueta, pues la pobre no ha podido levantarse hoy por falta de fuego... La posteridad agradecerá con trabajo que una nieta de Enrique el Grande haya carecido de un haz de leña para calentarse en el mes de enero en el Louvre, y en presencia de una corte de Francia.»

Muchas veces se veia precisada á pasearse tardes enteras en las galerías del Louvre para entrar en calor... No sólo temia los insultos del pueblo de París, sino también la dureza de sus acreedores... Los parisienses no podian sufrirla; y cierto dia que su hijo el rey Carlos II se paseaba por una azotea que daba al rio, algunos marineros le hicieron amenazas que le obligaron á retirarse por temor de exasperarles mas con su presencia (1).

Triste y extraña complicación y semejanza de destinos! Enriqueta María habia recibido en 1639 en Whitehall á su madre desterrada, María de Médicis. Los habitantes de Londres, ya sublevados contra la reina de Inglaterra, se entregaron á excesos contra la antigua reina de Francia. La hija de Enrique IV, que se sustraía difícilmente al odio público, se vió precisada á pedir una guardia para proteger la hija de Enrique IV; y Ana de Austria fue impotente á su vez para escudar á la hermana fugitiva de Luis XIII y la tia de Luis el Grande.

Una falsa noticia llegó á oídos de la reina de Inglaterra acerca de la catástrofe del 30 de enero de 1649: cundió la voz de que Carlos I habia sido puesto en libertad por el pueblo; pero la carta de despedida del desgraciado monarca, entregada á Enriqueta el 9 de febrero en el convento de carmelitas de París, la sacó de su agradable error y cayó desmayada. Al dia siguiente Mad. de Motteville fué á cumplimentarla en nombre de la reina regente. La adversidad investía á la reina de Inglaterra del derecho de dar lecciones;

(1) Vida de Enriqueta María.

así, pues, encargó á Mad. de Motteville dijese á Ana de Austria, «que el rey su señor (Carlos I) se habia perdido por haber ignorado siempre la verdad...; que la mayor de las calamidades que podian abrumar á los reyes, y la única que devoraba sus imperios, era no saber la verdad.»

¿No explica esta insistencia de Enriqueta su primera inclinación á los parlamentarios y su antipatía á Strafford, cuyo carácter le parecia demasiado absoluto? En esta conversacion añadió: «que era preciso abstenerse de irritar á los pueblos.» Si Carlos I se habia perdido por no haber conocido la verdad, en sentir de la reina, ¿no participaba esta de la obstinación del rey acerca de la extension de la prerogativa real? No odiaba los parlamentos; y cuando resolvió abandonar la Inglaterra con su madre María de Médicis, las dos Cámaras la presentaron una humilde peticion suplicándola no se alejase, á la cual Enriqueta contestó en inglés en un expresivo discurso, que permanecería en aquel país, y que no habia sacrificio alguno que el pueblo no pudiese prometerse de ella.

Después de la muerte de su esposo, se aplicó el renombre de reina desgraciada, y llevó luto toda su vida.

La prueba mas cruel á que se vió sometida esta reina, fue tener que pedir una pension de viudedad al hombre que la habia dejado viuda: Cromwell respondió al cardenal Mazarino que Enriqueta de Francia no habia sido reconocida como reina de Inglaterra. Esta respuesta salvaje, que suponía concubina de un príncipe extranjero la hija de uno de los mas grandes reyes de Francia, causa menos extrañeza que esta peticion de la nieta de Juana Albret. Cuando Enriqueta supo esta negativa, respondió con nobleza: «Este ultraje no recae sobre mí, sino sobre la Francia.» Tal era en efecto la abyección á que la política de un ministro sin honor habia reducido entonces la nacion francesa. Mazarino se habia envilecido hasta el punto de hacerse espía de Cromwell cerca de la familia real desterrada: este hecho se desprende de una carta de Cromwell, que no era á su vez sino un gran espía armado y coronado.

Poco antes, Enriqueta María se habia visto obligada á pedir al parlamento de París lo que ella denominaba una limosna.

Retirada á Chaillot entre unas hermanas de la Visitation, establecidas en una casa edificada por Catalina de Médicis, Enriqueta se hizo beata; y es digno de notarse que Port-Royal le habia ofrecido dinero y un asilo. Tristes son en las historias de su vida esos sencillos cuentos de religiosos y religiosas, y esos consejos de monjas que hablan de los mas graves acontecimientos, cuyo rumor apenas llega á sus oídos; que juzgan desde el fondo de sus celdas los negocios políticos; y que, inmóviles en sus santos desiertos, ni siquiera advierten que el mundo marcha y pasa al pié de las paredes de sus claustros. Enriqueta María intentó restituir sus hijos al gremio de la Iglesia Romana; pero Carlos II, indiferente á todos los principios, antepuso su corona á su fe, y solo se hizo católico al morir; es decir, cuando nada tenia ya que perder de los bienes terrenos. El duque de Gloucester y la princesa de Orange subsistieron celosos protestantes, y solo el duque de York (Jacobo II) recibió las impresiones que debian llevarle un dia á París, para morir allí destronado como su madre. La princesa Enriqueta, mas adelante duquesa de Orleans, fue educada en la religion romana.

A la restauracion de Carlos II, la viuda de Carlos I pasó á Inglaterra, donde no pudo resolverse á vivir. A nadie conocia ya, é iba derramando lágrimas por los palacios de Whitehall, de San James y de Windsor, acosada por sus recuerdos. Después de haber visto morir á dos de sus hijos (la princesa de Orange, viuda de veinte y seis años, y el duque de Gloucester),

embarcóse con su hija Enriqueta para regresar á Francia. Su bajel encalló; Enriqueta fue acometida de un sarampión peligroso, y permaneció á bordo al cuidado de su madre un mes entero. La acrisolada compañera del infortunado Carlos, casó á Enriqueta con el duque de Orleans, y recibió en Chaillot el

Breve de la beatificacion de San Francisco de Sales: postreras grandezas de la tierra y del cielo, que la visitaron en la soledad.

Hacia el año 1663, Enriqueta María hizo su último viaje á Londres. En fin, habiendo vuelto para siempre á su patria, cayó enferma en Santa Colomba, pequeña



ENRIQUETA MARÍA SE REFUGIA EN UNA CABAÑA DESIERTA.

casa de campo situada á excusa distancia del Sena. Un grano de opio que tomó, la sepultó en un sueño de que no tornó á despertar, espirando el 10 de setiembre de 1669 á media noche. Un historiador ha dicho que hizo un santo uso de sus males. Aunque sus restos fueron trasladados á San Dionisio, y su corazón á la Visitation de Chaillot, hubiera muerto olvidada si Bossuet no se hubiese apoderado de estos grandes

despojos de la fortuna, para hacer reflejar sobre ellos la brillante luz de su genio.

El eminente orador escribía al abad de Rancé, enviándole la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra: «He dado orden para que lleguen á vuestras manos dos oraciones fúnebres, que pueden tener oportuno lugar entre los libros de un solitario, porque descubren la nada de las cosas del mundo; de todos

fue sentenciado, las leyes que se le aplicaban, ó aun no estaban confeccionadas, ó eran objeto de controversia, ó quedaban derogadas por otras. El bill de *attainder* envolvió implícitamente el delito y la pena; la sentencia fue á la vez un juicio y una ley que tenia efecto retroactivo: adolecía por consiguiente de violencia y de iniquidad.

Strafford se preparó al suplicio con inalterable calma (1). En la mañana del 23 de mayo de 1641, se le condujo al lugar de la ejecucion: al pasar al pié de la torre en que estaba encerrado el arzobispo Laud, acusado como él, levantó la voz y pidió al prelado le bendijese. El anciano se acercó á la ventana; sus cabellos eran blancos, y las lágrimas surcaban sus mejillas;



EL ARZOBISPO LAUD, BENDICE Á LORD STRAFFORD MARCHANDO AL PATIBULO.

sostenían dos eclesiásticos. Strafford se arrodilló, y Laud pasó sus manos á través de la freja, procurando dar una bendicion que la edad, el infortunio y el dolor no le permitieron concluir, pues cayó desmayado en brazos de sus dos familiares.

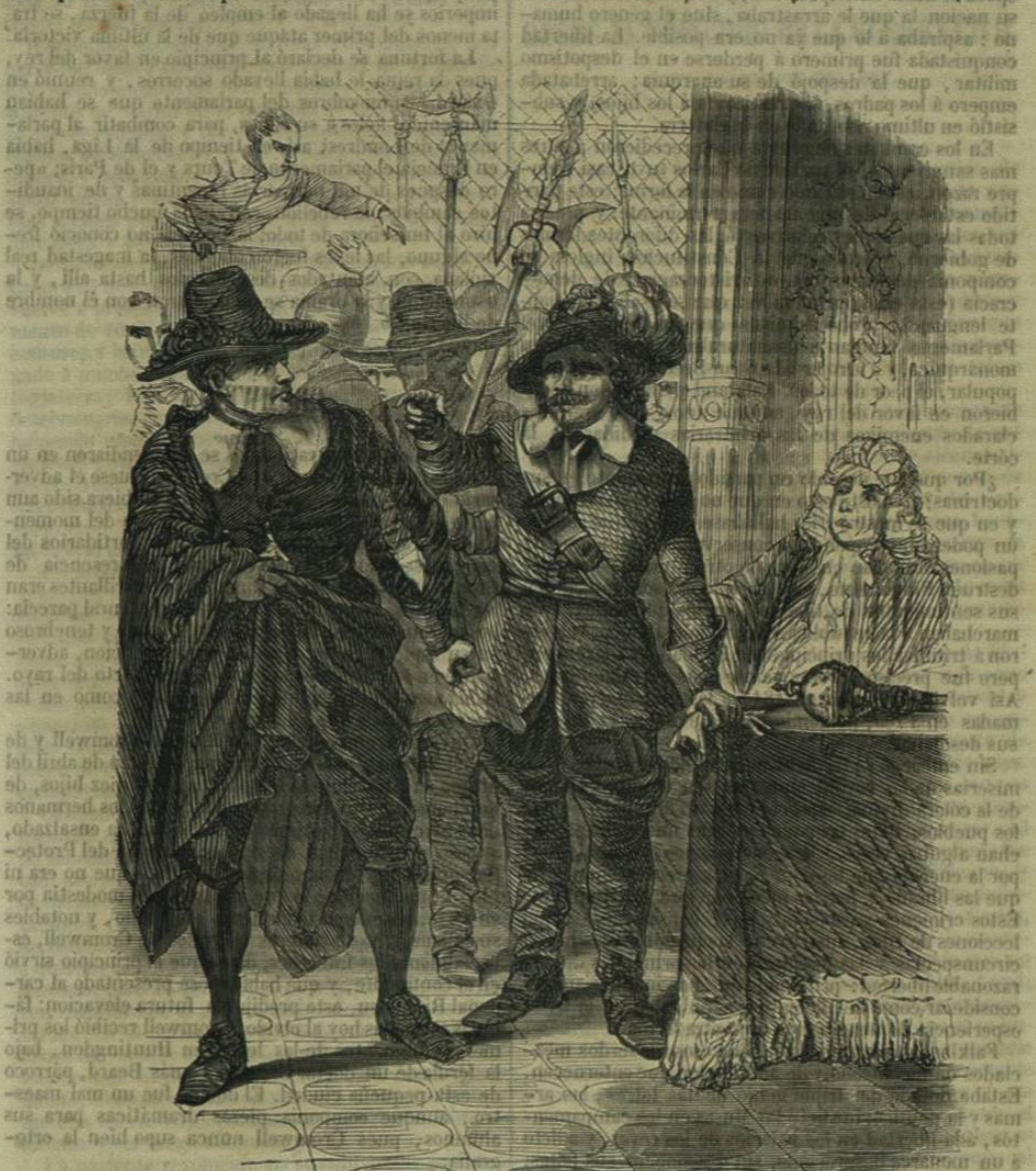
Strafford se levantó y volvió á emprender el camino del cadalso, á donde debia seguirle el anciano prelado. El ministro de Carlos marchó al suplicio con tranquilo continente en medio de los insultos del popula-

cho. Antes de colocar su cabeza en el tajo, pronunció estas palabras: «Temo que una revolucion que empieza derramando sangre, termine con las mayores calamidades, labrando la ruina de los mismos que la provocan.» Esto dicho, entregó su cuello y pasó á la eternidad en 1641. Léase en la coleccion de las cartas de Strafford, la que escribió á su hijo antes de subir al patibulo.

La revolucion precipitó su carrera, y el rey se trasladó á Escocia: estalló la conspiracion irlandesa, y fue seguida de una de las matanzas mas horrosas de que la historia hace mencion; los gefes del partido puritano aprovecharon esta coyuntura para acelerar la marcha de los acontecimientos. Carlos regresó de Escocia; el Parlamento le hizo representaciones sediciosas, é hizo prender á los obispos.

Exasperado por tantas afrentas, el rey acusó personalmente de alta traicion en la cámara de los Comunes, á los seis miembros mas famosos de la fraccion puritana.

Advertidos estos de tan imprudente paso, por una indiscrecion de la reina, se refugiaron en la ciudad. Estalló una insurreccion; y se esparcieron los mas absurdos rumores: ya se decia que los caballeros (los rea-



CROMWELL DISUELVE EL PARLAMENTO.

listas), debian hacer saltar en el aire el rio, mediante la explosion de una mina; ya se aseguraba que los mismos caballeros acababan de prender fuego á las casas de los cabezas redondas (los parlamentarios). Amenazada con un decreto de acusacion, la reina obligó al rey á dar su sancion á la ley que privaba á los obispos del derecho de votar. Enriqueta abandonó la Inglaterra, y Carlos se retiró á York despues de haberse negado

á firmar el bill relativo á la milicia, bill encaminado á poner el poder militar á discrecion de la cámara electiva, y por una y otra parte se prepararon á la guerra. Obsérvese en la conducta del rey, desde su advenimiento al trono hasta la época de la guerra civil; esa incertidumbre que prepara las grandes catástrofes. Obstinado en la prerogativa; primero se la dejó arrancar á girones, para entregarla luego por entero;

